

La Gran Vía

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

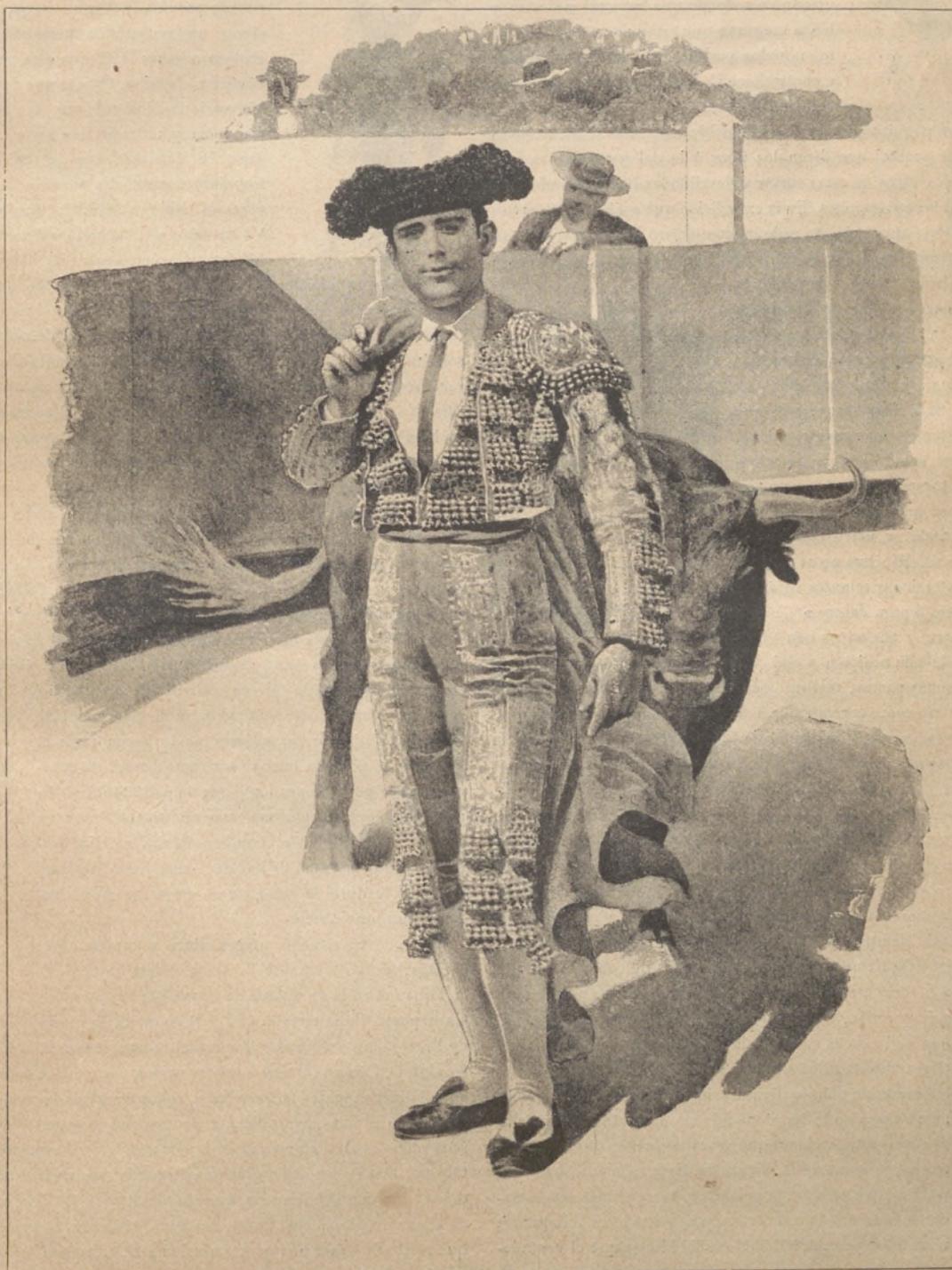
Domingo 8 de Octubre de 1893.

NÚMERO 15.

DIRECTOR:

Carlos Frontaura.

NOTAS ARTÍSTICAS



UNA LARGA DE GUERRITA

COMPOSICIÓN Y DIBUJO DE DANIEL PEREA

LO DEL DIA



AY un malestar general.»

Esta frase desconsoladora la veo frecuentemente en los periódicos, sobre todo en los de oposición, porque los ministeriales se libran bien de emplearla por no disgustar á los Ministros sus patronos, y á las veces niegan en redondo que haya tal malestar, y hasta aseguran que estamos en el mejor de los mundos posibles, con lo que se esponja y enorgullece D. Venancio y se da una importancia colosal....

Yo soy un poquito curioso y he tratado de averiguar si era cierto lo del malestar general que dicen los unos ó lo del general bienestar que dicen los otros, y estas cortas y desaliñadas líneas son el resultado de mis investigaciones. En la expedición que acabo de hacer con el fin que dejo apuntado, ha sido mi compañero el amigo Cilla, tan conocido de ustedes, quien ha retratado, como él sabe, á las personas en quienes he hecho mis observaciones.

Aquí tienen ustedes á la Excelentísima Sra. D.^a Nicolasa de las Finas Hierbas, viuda de un ex Ministro, con 15,000 pesetas de viudedad, menos el descuento. Seis hijas tiene, y lo que ella dice, «tengo una buena pensión, pero hágame usted el favor de calcular á cómo tocamos. En un cuarto tercero tenemos que vivir, con un mal pingo de criada, y usted conoce que las hijas de un Ministro no se han de poner á confeccionar guantes ni á coser para fuera ó para dentro.»

Esta señora y sus niñas son víctimas de la elevada posición social que ocupó el difunto marido y padre. Van á todas partes, reciben, bailan, pasan los mayores apuros para aderezarse como corresponde á su clase, y sienten, sin embargo, un malestar incurable. El malestar de las niñas acaso se podría curar en la Vicaría; pero, ¿con quién se van á casar las hijas de un Ministro, que está en el otro mundo, si no tienen dinero?....

Don Cenón de la Parrilla, que tengo el gusto de presentar á ustedes, me parecía una de las excepciones en eso del malestar general; pero ahora que le conozco he de confesar que me equivocaba. Don Cenón es un fuerte propietario de Andalucía, muy rico, que ha luchado en diez elecciones generales para ser Diputado á Cortes, gastándose un caudal y siendo siempre derrotado, hasta que en las últimas salió por fin triunfante por tres ó cuatro votos de ventaja. Se vino á Madrid creyendo que ser Diputado era una posición de primer orden, y al mes se convenció de que un Diputado que no habla es como un loro mudo; nadie le hace caso. Otros diputadillos sin una peseta se lucen más que él, hablando de todo lo divino y lo humano, y á D. Cenón hasta ahora no le ha producido su investidura de legislador otras satisfacciones que aguantar fuertes *sablazos* y estrechar la mano de D. Venancio. Esto en cuanto á su vida pública, que en su vida privada todavía es más desgraciada; se enamoró de una corista, y ha gastado en obsequiarla unas 6,000 pesetas, habiendo sabido luego que el verdade-



ramente obsequiado es un bailarín sin contrata, á quien la corista hace pasar por su tío, y que, en efecto, es un tío por sus procederes.



El Sr. D. Cenón envió noramala á la gentil corista, pero el bailarín le ha enviado sus padrinos, y le persigue sin tregua, con lo que el Diputado pasa unos días amargos, y siente un malestar muy enojoso. Padece además D. Cenón otra penosísima obsesión. Quiere que don Venancio le dé el gobierno de una provincia, y todas las noches va á ver á D. Venancio, que le repite invariablemente: «Ya veremos, ya veremos. No nos hemos ocupado. Ya veremos.» Y cuando sale del Ministerio se encuentra al bailarín, acom-



pañado de un picador de toros, y aquél le mira de una manera provocadora, y el picador enarbola el bastón de hierro como si fuera á pegar á alguien. Si el Gobierno no le da el de provincia que solicita, enfermará seguramente D. Cenón. Y no se limitan sus aspiraciones á ser Gobernador, sino que también quiere un título de Castilla. No quiere volver á su pueblo sin un título. Díganme ustedes si un hombre con estas aspiraciones, que acaso no logrará ver realizadas, puede sentir bienestar.... Lo que siente es un profundo malestar, digno castigo á su tontería.

Aquí presento á ustedes á Juanito Caramelo, un joven que heredó hace cinco años una suma de 8 ó 9,000 duros, con que podía vivir modestísimamente, y vive de una manera arrastrada. Le dió por ser elegante y seductor, y porque vean ustedes su porte, Cilla ha copiado su efígie del último retrato fotográfico que se hizo Juanito este verano. Con ese traje ha frecuentado los Jardines del Retiro, ha ido á San Sebastián unos días, y la noche del *Guernicaco* recibió dos palos, sin haber conseguido que se enamore de él ninguna solterona ó viuda. ¡Qué situación la de Caramelo! Se le acaba el dinero; las mujeres no le hacen caso; el sastre no le pone ya buena cara como cuando se mandaba hacer por docenas los pares de pantalones y los pagaba al contado, y el malestar que siente se agrava más cada día, porque el hombre sin dinero, sin empleo, sin una patrona benévola, como tuvo algunas mientras le duró *la guita*, ve un porvenir muy obscuro, pero muy obscuro.

El que lo ve risueño, alegre, claro y esplendente, á ratos, es D. César de la Musa, poeta lírico, oficial que fué en la escribanía de Caramillo hasta que se sintió poeta. En la tertulia de D.^a Ramoncita, la viuda de Proceso, un Procurador que era el mismo demonio, empezó D. César á soltarse á recitar versos, con grande entusiasmo de aquella señora y de los *tertulianos*, todos personas de conocimientos, como que el más insignificante de los que asistían á tan lucidas reuniones estaba empleado en la Vicaría, y otro era sobrino de un Obispo. D. César no sólo obtuvo en aquella casa unas ovaciones ruidosas, sino que D.^a Ramona, que era muy impresionable, se enamoró de él en silencio, lo cual que se descubrió el secreto porque una noche que recitó D. César una poesía alusiva á D.^a Ramona, *abusiva*, decía





el de la Vicaría, la viuda de Proceso se desmayó primero, y luego que volvió *en sí*, como decía el sobrino del Obispo, rompió á llorar, y cogiendo las manos del poeta, le dijo bajito:—«¡César! ¡César!, me has vencido.»—César tiene un drama, un drama que ha de alborotar, según dice; pero no se le *echan*, como dice D.^a Ramona, la pobre viuda que ya no es sombra de lo que fué, porque cómicos y poetas tienen envidia á D. César, y no quieren que se conozca su obra, porque si se conociera, se vería que no se han visto nunca dramas como el compuesto por el averiado amante de D.^a Ramona. César promete á doña Ramona un porvenir de gloria y de muchísimo dinero; será la mujer del primer poeta contemporáneo; pero el

presente, ¡qué azaroso es para ella y para él!... ¡Qué malestar experimentan moral y materialmente!... ¡Qué humor el de D. César cuando vuelve á casa con su drama bajo el brazo, y doña Ramona, que ha tenido que tomar huéspedes, le ofrece el triste puchero de cada día!... ¡Él, un poeta, un genio, atenido á que le den de comer después que se han servido los huéspedes!... Los huéspedes, unos seres vulgares, que en cuanto empieza él á hablar de su drama, se levantan y desfilan. Y alguno se ha mudado á otra casa, porque le ha cogido miedo al poeta. Cree que no está en su juicio.

He tratado de indagar también si correspondía parte del malestar general á la gente de humildes aspiraciones, y que por su apariencia alegre parecían que había de estar completamente satisfecha.

Conozco á un dependiente de la tienda de ultramarinos de D. Rufo Carraspera, un muchacho alegre, fino, siempre risueño, siempre ocurrente, bárbaramente, eso sí, á quien no creía yo que desvelaban las preocupaciones de la vida. Don Rufo está ya viejo, y pronto se va á retirar, y dejará el almacén á sus dependientes, de los cuales es el predilecto este joven. Tiene, pues, casi la seguridad de poseer dentro de pocos años una parte principal del gran establecimiento de ultramarinos más acreditado de Madrid, que irá pagando con las ganancias que obtenga.

Pues me equivoqué; este sujeto, que se llama Quintín Revuelta, siente mucho malestar, porque habiéndose decidido á comprarse en el *Águila* una levita de tan buen corte como la que están ustedes viendo en su retrato, y á fumar puro cuando la lleva puesta, que es todos los domingos, ha advertido que la gente se ríe de él; una tarde, en el Retiro, vió una muchacha muy graciosa, y se atrevió á requebrarla; y ¿saben ustedes qué le contestó la chica?—«¡Vaya usted á enamorar á una mona, mamarracho!» Quintín no puede persuadirse de que no se presenta en público tan elegante como el que más lo sea, y no comprende que, habiendo tenido en el pueblo una novia que era una perla, precisamente cuando vestía poco mejor que un gañán, ahora que viste una levita de 22 pesetas 50 céntimos, las muchachas se rían de él á carcajadas.

—Pero, hombre, tú debes ser enteramente venturoso, le dije el domingo que me lo encontré en la calle.

—Aunque parece.... me contestó. Tengo una rabia, siento un malestar.... Dígame usted, ¿me sienta mal esta levita?

—No, hombre, te está muy bonitamente.

—Pues entonces, ¿por qué se ríe la gente?.....



—Déjala que se ría, y no te preocupes. Marcha adelante, sigue tu camino, y cuando seas capitalista, que lo serás si no te cuidas de la levita y de su hechura, ya verás cómo la gente te considera, acata y reverencia.....

Paisano de Quintín es el bizarro soldado de húsares Pancracio Soletilla, que al principio no mostraba afición á la vida militar, y bien de mala gana vino á servir al Rey; pero luego que vió que ser soldado no es ninguna desgracia, y se halló bien vestido y bien comido, y con un caballo que le quiere como si fuera su propio hermano, y con un sable muy reluciente, se sintió orgulloso de ser militar. Sobre todo, le halagó en gran manera la facilidad de hacer conquistas amorosas. No se dirigió á cocinera ó doncella que no correspondiese tiernamente á su pasión, y más de una le surtió de tabaco y le lavó la ropa; mas ha querido el destino fiero, que el sargento de su compañía haya sorprendido á Pancracio en coloquio con una pícaro doncella, que también admitía los obsequios de aquel superior, y el pobre soldado ya no tiene libertad para continuar la gloriosa serie de sus triunfos amorosos. El sargento no le deja vivir; salen los demás, y Pancracio se queda, porque el sargento le encarga algún servicio. De buena gana se quejaría al capitán, pero el sargento le ha prometido que le deslamará, y es hombre de cumplir su palabra. Y he aquí como un soldado á quien no resistía ninguna niñera, y que era por esta circunstancia más feliz que muchos señoritos, padece un profundo malestar, y está en grave riesgo, si no tiene paciencia, de cometer una falta de disciplina que le cueste cara, «como que, dice él, me *pueden afusilar* si le pego un *metío* al *arrastrao* sargento, malos demonios le lleven.»

Allá, en los Cuatro Caminos, en las Ventas del Espíritu Santo, en los Mataderos, todos los domingos se reúne buen golpe de gente dichosa en la apariencia. Allí cantan, allí bailan, allí enamoran, comen, beben, sobre todo, y no se ve un semblante triste. ¿Qué preocupaciones, qué cuidados puede tener gente que tan ruidosamente demuestra su regocijo, y á la que tan ricamente le sabe el vino con que se alegra y el aguardiente con que se abrasa? Yo le pregunté al sujeto que están ustedes viendo si experimentaba malestar, si tenía algún deseo, y me contestó:

—«Mire usted, señor, los *probes* estaríamos muy bien, aunque me esté mal el decirlo, y usted perdone, si á lo menos estuviera más barato el vino. Y como no es así, lo pasa muy mal un hombre de bien y *presona* de *cercustancias*.»

Otros muchos ejemplos podría citar en apoyo de la aseveración de los periódicos, no ministeriales, acerca del malestar general en el presente momento histórico; pero no quiero aumentar la parte de malestar que corresponde á cada uno de mis lectores, con el malestar que les pudiera producir este estudio si le hiciera más pesado, y concluyo.

Es indudable el malestar general; todo el mundo se encuentra molesto, inquieto, poco satisfecho del presente y temeroso del porvenir. Esto sucede por diversas causas en casi todo el orbe; pero donde más graves caracteres afecta el malestar general es en nuestra amada patria, donde, á la hora presente, hay muchísimos ciudadanos, contribuyentes, empleados, artistas, etc., etc., que temen llegar á encontrarse en la situación en que se halla el original de este retrato.



CARLOS FRONTAURA.

Entre Cielo y Tierra

— ¿Quién eres, Ángel bello
que pesaron
fajera del mundo tiendes
tus alas de oro?

¿Cuál es tu pena?
¿De quién huyes?

— Del Hombre:
soy la Inocencia.

¿Y tú quién eres, Ángel
que de los Cielos
con immortal sonrisa
bajas sereno?

¿Cuál es tu patria?
¿A quién buscas?...

— Al Hombre:
soy la Esperanza.

S. López Sújano



LA RÍA DE BILBAO

(Composición y dibujo de D. Tomás Campuzano.)

DESGRACIADOS CRÓNICOS

No puedo creer que la desgracia sea una enfermedad inevitable en ciertos seres. Protesto de que pueda existir un hombre desgraciado á perpetuidad, y sin embargo, hay muchos que aseguran, bajo su palabra de honor, que la desgracia les persigue incesantemente. Lo que sí creo es que la mayor parte de los que parecen desgraciados no lo son poco ni mucho.

Hay quien se llama desgraciado porque le han salido estrechas unas botas, ó porque al ir á desnudarse se encontró un alfiler de cabeza negra entre los pliegues del calzoncillo.

Todo consiste en el carácter de las personas. De mí puedo decir que nunca he tenido más dinero que el estrictamente necesario para no morirme de hambre, y ni me quejo nunca, ni sufro en silencio, ni suspiro hondamente, como otros que andan por ahí lamentándose á diario de que no pueden comprar una mala casa, ni abonarse al Real, ni hacer un viaje á Chicago.

Conozco dos ó tres sujetos que cobran pingües cesantías, con obligación de no hacer nada absolutamente. Están gordos, digieren bien, y no han tenido en toda su vida un mal dolor de cabeza; pero se llaman desgraciados. Uno de ellos se lamentaba el otro día de su mala suerte.

—Soy muy desgraciado—decía.—Todo me sale mal en este pícaro mundo.



—¿Le han suprimido á usted la cesantía?—le preguntamos.

—¡Quiá! Eso no. ¿Cómo iban á despojarme de mi indiscutible derecho? Mi desgracia consiste en otra cosa.

—¿En cuál?

—¿Ve usted esto?—y nos enseñaba un granito, color de aceituna, del tamaño de un cañamón, que le ha brotado junto al ojo derecho.—Pues este granito me va á dar que sentir.

—¿Le duele á usted?

—Nada.

—¿Le pica?

—Tampoco; pero me lo ha visto el médico, y dice que no tiene importancia. Esto me ha escamado muchísimo, porque los médicos procuran siempre llevar el consuelo al ánimo de los pacientes incurables.

El buen señor ha perdido la tranquilidad, y se priva de ir al teatro y de tomar café, para que no se le irrite el grano. Si alguien fuma cerca de él, monta en cólera, se levanta furioso y echa á correr, diciendo:

—Es una falta de caridad muy grande. Está usted viendo que me ha salido un grano maligno, y parece que se recrea usted en echarle el humo.

La esposa de este sujeto nos ha dicho en confianza que ya no le puede sufrir.

—¡Si viera usted qué vida me da!—dice la esposa infeliz, llevándose ambas manos á la cabeza.—Desde que tiene el granito, se pasa las horas de bruce sobre la cama, diciendo que es muy desgraciado, y que si tuviera valor se quitaba la vida. Hace tres meses que no me dirige la palabra, como no sea para llamarme «baúl mundo», y «colchón de muelles», y «vaca suiza». Y todo ¿por qué? Porque dice que yo no siento ni padezco, y que cada día estoy más gorda, mientras él se va concluyendo poco á poco. En casa no quiere que encendamos luz, porque le hace daño en los ojos, y comemos á tientas y nos desnudamos en la sombra. Baste decir á usted que tengo una pulga hace

ocho días en una cadera, y aun no he podido cazarla por falta de luz.

Este sujeto de clases pasivas es un desgraciado del género ridículo que causa hilaridad; pero hay otros desgraciados que inspiran compasión profunda, y maldito si merecen nuestras simpatías.

En el número de éstos figura un sujeto con cara fúnebre, los ojos apagados, la barba á medio crecer y los pantalones á media canilla, como quien quiere evitar el barro en días de lluvia.

—¿No me conoce usted?—suele preguntarnos en la calle.

—No, señor—le respondemos.

—Pues yo soy un hombre muy desgraciado, con seis hijos y una esposa en meses mayores. Desde el martes, á la una y media, no hemos vuelto á comer..... La necesidad me obliga á pedir un socorro..... Estoy cesante; el



jueves se me murió una hermana política y tuvimos que enterrarla entre un amigo y un servidor de usted.

Usted se compadece y entrega al cesante dos pesetas. El las coge, lanza sobre ellas una mirada de amor y vierte una lágrima; después vase.

Media hora después, las dos pesetas han pasado al estómago del cesante convertidas en una ración de solomillo; y á la mañana siguiente tropieza usted de nuevo con el «desgraciado» y le dice:

—Caballero, mi familia ha podido matar el hambre, gracias al generoso desprendimiento de usted. Gracias, caballero. Temo abusar; que si no le pediría otras dos pesetas....

Hay hombre de éstos que está ejerciendo de «desgraciado» desde la época de la revolución de Septiembre. Él dice que ha pasado muchas necesidades y que le persigue su mala estrella; pero lo cierto es que se casó y tuvo familia, y ha comido á diario, y en cuanto llega el invierno se pone un gabán con solapa de piel de gato, que abriga bastante. Lo único que no ha hecho nunca ha sido trabajar. En cierta ocasión le dieron un destino en el ramo de Consumos, y á los ocho días de servicio quedóse en la cama, á pretexto de que se le había fijado un punto en la rabadilla, y no le han vuelto á ver el pelo en el Fielato.

—¿Cómo? ¿Ya no tiene usted el destino?—le preguntamos; y decía él:

—No, señor; soy muy desgraciado. El Ayuntamiento cometió la infamia de dejarme cesante. ¿Y sabe usted por qué? Porque estuve mes y medio sin ir á la oficina. Tengo una estrella muy mala: créame usted á mí.

Hay personas que disfrutan muchísimo con pasar por desgraciadas á los ojos del mundo. Yo tuve un amigo, á quien nunca le ha pasado cosa alguna desagradable. Posee lo suficiente para vivir con desahogo, y goza de buena salud; pero siempre está diciendo que no es dichoso y que todo le sale al revés. Su mayor felicidad consiste en que le compadezcamos todos, y manda extender la cédula de vecindad en esta forma:

«José Túmulo y Quejido, natural de Cadalso; edad, treinta y dos años; estado, soltero; profesión, *desgraciado*, etc., etc.»

Hace poco tiempo que le cayó el premio gordo de la Lotería Nacional y se puso muy triste.

—¡Pero, hombre! ¿Aun te quejas?—le dijimos.

—Ya se ve que me quejo—contestó él suspirando.—Aun podríais decir que era hombre de suerte si me hubiera tocado el premio gordo sin jugar.

LUIS TABOADA.

BROMAS DE CUPIDO



Silbaba con inusitada furia el pito de la locomotora; trepidaba el maderamen de los coches; los topes al chocar producían metálicos sonidos, y las ruedas chirriaban sobre los rails, cuando yo, á la débil luz de la lámpara colocada en el techo de un solitario departamento, envolvíame en mi manta de viaje y pugnaba por conciliar el sueño, que ligeramente pesaba sobre mis párpados.

Era una noche del ardiente verano; la atmósfera hacía asfixiante, y por las abiertas ventanillas del coche se veía despuntar la aurora, ahuyentando con su todavía incierta claridad las estrellas que aun no querían dejar de lucir en el firmamento. Tenía el cuerpo horriblemente maltrecho por el traqueteo del coche y necesitaba descanso reparador, cuando el sueño bienhechor

apoderóse de mí, mientras bullía en mi imaginación variedad de pensamientos, restos de lecturas casi olvidadas y recuerdos de la alegre juventud. Soñé, sí, y en quimérico ensueño acordábame del *Tren expreso*, de Campoamor; creía ser yo el héroe del poema, y figurábaseme contemplar una ideal compañera de viaje, á la que con el alma ilusionada envolvía los lindos piecitos entre los pliegues de mi zamorana manta. Veía desenvolverse ante mis ojos, lleno de sencillez y galanura, todo el interesante argumento del poema en risueño y halagador panorama. De esta apacible soñolencia sacóme el ruidoso golpe que una de las portezuelas hizo al ser abierta violentamente por una mano varonil.

Los rayos de sol del nuevo día alumbraban esplendorosamente, y á la luz pude examinar á los recién llegados que venían á turbar de tan estrepitosa manera mi tranquilo sueño y la apacible soledad del departamento de primera clase que ocupaba.

Entró primero en el vagón una joven de esbelta figura, de cintura estrecha y de airoso contoneo. Dos hermosísimos ojos negros fulguraban en su sonrosado rostro; tras de sus trémulos, rojos y finos labios, entreveíase una doble hilera de blancos y diminutos dientes, y sus cabellos rubios hallábanse aprisionados bajo un coquetón sombrerillo de fina paja adornado con flores y cintas.

Su acompañante tendría poca más edad que la joven y vestía rigurosamente de negro. Un bigote de retorcidas guías sombreaba su labio superior, dando á su morena cara un aspecto varonil y simpático.

Los recién casados, que tales eran, saludáronme afectuosamente, y después de instalar todos sus efectos bajo

los asientos y de acomodarse ellos mismos al otro extremo de donde yo me hallaba y al lado de la ventanilla, volví á envolverme en mi manta y á querer reanudar mi interrumpido descanso.

Encontrábame en esa apacible dejadez precursora de un profundo sueño, cuando el chasquido de dos besos, dados frenéticamente y con enamorada furia, hizome abrir desmesuradamente los ojos y fijarlos en mis compañeros de viaje, que agarrados de las manos, con las mejillas encendidas y los ojos húmedos y brillantes, se contemplaban en amoroso éxtasis.

Tosí con fuerza como para advertirles que aun no había caído en brazos de Morfeo, y protesté lanzándoles una mirada llena de reconvención y envidia.

Satisfecho ya y casi seguro de la tranquilidad de mi sueño, me rebujé por tercera vez en mi amplia manta y traté de dormir. Casi lo conseguía, cuando nuevamente llegó á mis oídos lo que poéticamente pudiera decirse:

Latir de alas y rumor de besos.

Aquello era insufrible. Levantéme nerviosamente pálido, los labios temblorosos y los dientes rechinantes; el suplicio de Tántalo era un azote comparado con aquel tormento.

Tiré con fuerza la manta, me encasqueté la gorra de viaje, y luego, con un rápido movimiento, me coloqué frente á los recién casados, interrogándoles:

—¿Piensan ustedes seguir mucho así?

Mi irónica pregunta les desconcertó un tanto; no supieron qué contestarme, sus caras tinieronse de grana, el color de la vergüenza, y sus labios no acertaron á balbucear una excusa. Ella bajó ruborosamente los ojos mientras destrozaba entre sus dedos el pañuelo de batista; él se levantó con el despecho retratado en su semblante, y asomóse á la ventanilla con el pretexto de contemplar el paisaje, mas en realidad para esquivar mis fulmineas miradas. Después de un breve rato, al querer retirarse al interior, una trepidación del tren le hizo chocar violentamente contra el marco de la portezuela y su labio inferior tinóse inmediatamente de roja sangre. El recién casado, sin desconcertarse en modo

alguno, sacó su cartera de uno de los bolsillos interiores, y de un pedazo de tafetán negro cortó un pequeño redondel, le humedeció en su boca y lo aplicó al labio.

El tren penetraba en aquel momento en un túnel; la obscuridad se iba haciendo cada vez más densa y el ruido de las ruedas zumbaba atronador en mis oídos. Cuando otra vez nos dimos á luz fijé inconscientemente mis ojos en los dos enamorados jóvenes, y no pude menos de lanzar una terriblemente burlona carcajada. La recién casada, llena de confusión, ostentaba en su labio, como una amorosa condecoración, el negro círculo de tafetán que pocos momentos antes habíase colocado su esposo.



Y por las abiertas ventanillas contemplaba yo los movibles alambres del telégrafo, que semejaban un inmenso pentágono entre cuyas líneas jugueteaban bulliciosos y traviosos amorcillos que coreaban el ruido que hacía el tren en marcha con unas sonoras, sarcásticas y alegres carcajadas.....

A. DE BARROS Y PÉREZ.





VUELOS DISTINTOS

Que has sido tú la mujer,
Como dice aquel cantar,
Que me ha enseñado á querer,
Ni te lo puedo negar,
Ni lo voy á pretender.

Sobre que no es muy extraño
Que un niño tome cariño
Á quien nunca le hizo daño,
Y á quien besó cuando niño
Todos los días del año.

El preso á la obscuridad
De su celda se acostumbra,
Y al dejarle en libertad
No distingue la penumbra
De la alegre claridad.

No haberte amado sería
Aberración de lo humano,
Porque viéndote, veía
Clarísima luz del día
Más hermoso del verano.

Pero de entonces acá
El preso soltó la cruz,
Que ya nunca llevará,
Porque sabe el preso ya
Lo que es sombra y lo que es luz.

Sé que por regiones malas,
Con una presteza suma
Volaste á lucir tus galas,

Cuando tenías las alas
Poco cubiertas de pluma.

Sin comprender que un polluelo
Vuela poco y vuela mal,
Para remontar el vuelo
Por las alturas del cielo
Como el águila caudal.

Y como en mis excursiones
Volaba yo acompañado
De pardillos y gorriones
Por las seguras regiones
Del alero del tejado,

Desde la altura en que estabas,
De tu soberbia conquista,
Te reías, te burlabas,
Y volabas, y volabas....
Hasta perderte de vista.

.....
¿Sigues, loca, en tu escarceo?
¿Subes, todavía, y subes
En alas de tu desco,
Que ni á través de las nubes,
Aunque te busco, te veo?....

La curiosidad me acosa,
Porque temo que tu estrella
Te estrellará en una losa,
Como á la tortuga aquella
De la fábula famosa.

ANTONIO MONTALBÁN.



NO ES CASA DE HUÉSPEDES



Las pupileras de á seis reales con principio, ofrecen muchos inconvenientes, pero tienen, al menos, el mérito de la franqueza.

Desde que uno lee el anuncio y se decide á albergarse en su domicilio, ya sabe lo que le espera.

¿Qué diablos se puede dar en Madrid á un prójimo por el corto interés de una peseta y cincuenta céntimos?

El que por quince perros grandes recibe albergue y manutención no tiene derecho á quejarse, si le alojan en un cuarto

oscuro, donde apenas cabe el catre de lienzo, ni puede esperar que la comida se parezca á los cubiertos que sirve Lhardy por cuatro duros.

Gracias que le den por sopa unos mendrugos remojados en agua, con pretensiones de caldo, garbanzos como balines, albóndigas hechas con piltrafas y dos higos secos de postre.

Aun así parece mentira que se pueda hacer el milagro de dar á un hombre techo que le guardezca del sol y de la lluvia, y vituallas con que engañar el hambre, ya que matarla sea imposible por tan exigua cantidad.

Hemos dicho que estas pupileras tienen el mérito de la franqueza.

Desde que anuncian el precio, cualquiera que tenga sentido común se puede figurar lo que ofrecen.

Las que constituyen un verdadero peligro para los incautos son las que ocultan su profesión, como si fuera un delito, y publican en los periódicos anuncios que suelen estar concebidos en estos términos:

«NO ES CASA DE HUÉSPEDES: Se alquila un gabinete con vistas á la calle, á un caballero estable y de carácter. Trato como de familia.»

Esto de tratarle á uno como de familia, quiere decir tratarle á la baqueta.

El infeliz que traga el anzuelo suele ser un provinciano que ha venido á Madrid porque tiene un pleito, ó porque quiere consultar á un especialista en enfermedades de los ojos, ó porque espera que el Diputado por su pueblo le dé un empleo que le ofreció cuando las últimas elecciones.

Antes de emprender el viaje, su mujer le ha prevenido contra los peligros de la Corte, echándole un sermón de padre y muy señor mío, y el hombre se ha metido en el ferrocarril, lleno de buenos propósitos y provisto de un centenar de pesos duros, en que ha vendido la última cosecha.

Una de las cosas que más le han preocupado es la cuestión de alojamiento.

Mas, por fortuna, en una de las Estaciones compra *La Correspondencia*, y en la cuarta plana tropieza con el anuncio que hemos copiado.

—Esto es lo que me conviene—piensa para su manta de viaje; y al llegar á Madrid se dirige flechado á aquella que *no es casa de huéspedes*.



Doña Ruperta le recibe poniendo la cara fosca, y antes de admitirle en su casa le somete á minucioso interrogatorio.

—Por supuesto, que usted será una persona decente.

—Creo que sí—contesta el interrogado.

—Hombre de buena vida y costumbres.

—Sí, señora.

—En mi casa no quiero visitas.

—Yo no conozco á nadie.

—¿Trasnocha usted?

—No, señora. Al anoecer ya estoy en casa.

—Me alegro. Con eso podrá acostarse la criada, y usted nos abrirá la puerta.

—¿Á quién?

—Á la niña y á mí.... No vaya usted á creer que nos retiramos tarde. Todo lo más á la una.

—Yo pensaba acostarme á las nueve....

—Hombre, pero viviendo en familia puede usted hacernos ese favor.

—Bueno, bueno.

Y el infeliz, después de pagar un mes adelantado, se instala en su gabinete, que ha de ser de todos menos suyo, porque doña Ruperta entra en él á peinarse y recibe sus visitas, que no son pocas; y la niña, que ya tiene diez y ocho años, y es alumna del Conservatorio, se pasa las horas muertas en el balcón haciendo telegramos á un racionista que la hace el amor y le lleva billetes para el teatro, y la ha ofrecido contratarla de tiple ligera en una compañía que se está formando, y en la que él figurará, no sabe aún si de tenor ó de bajo.

Allí no se come nunca á la hora, porque la criada no tiene tiempo para preparar la comida, y la señorita está siempre ocupada ensayando el dúo de los paraguas ó el tango de *Niña Pancha*, y en cuanto á la mamá, tiene bastante que hacer con arreglar sus vestidos y los de su hija.

El pobre huésped tiene que esperar todas las noches

hasta las tantas para abrir la puerta á sus patronas, y cuando, por casualidad, se duerme y da lugar á que llamen dos veces, entre la madre y la hija lo ponen de vuelta y media.

Doña Ruperta, á lo mejor, le envía por queso á la tienda de la esquina, y Juanita, que así se llama la futura tiple ligera, le manda que le limpie las botas, cuando se le manchan de barro.

Con esto, el pobre señor está muy divertido; pero es lo que le dice doña Ruperta:

—Creo que en ninguna parte estaría usted como en mi casa. Ya se lo dije á usted el día que vino. Aquí le trataremos como si fuera de la familia.

Y el infeliz no dice una palabra, y mientras gestiona sus asuntos, conti-

núa siendo el criado de aquellas buenas señoras, que le llevan cuatro pesetas diarias por dejarse servir y permitirle sentarse á la mesa, cuando no se van de juerga y le dicen á él que se vaya á una fonda.

Por supuesto que si vuelve á la Corte, huye, como el diablo de la cruz, de las casas que *no son de huéspedes*, y donde tratan á la gente como de la familia.

E. ZAMORA Y CABALLERO.



EL SOFA

I.

Á nadie le he contado todavía
Por qué, tras tanto tiempo
De amor y de entusiasmo delirante,
Sin un motivo serio,
Huí de la mujer que idolatraba.
Y ahora vas á saberlo;
Acaso eres la única que puede
Comprender el misterio;
Pues, como yo, has vivido siempre esclava

De imaginarios sueños,
Y, después de leer la loca historia
De mis amores muertos,
Pensarás que hice bien.... Yo te aseguro
Que así también lo pienso.

II.

Como era en mí costumbre, fui una noche
Á casa de Consuelo.
No estaba, y esperé.... Sentéme frente

Al balcón entreabierto.....
 Era una noche de verano..... Ahogaba
 El vaho sucio y seco
 Que de la calle hasta el balcón subía;
 Mezcla de mil alientos
 De pulmones cansados..... Poco ó nada
 Me importaba á mí de esto.....
 Era joven, feliz, enamorado.....
 ¡Y sentía en mi cuerpo
 Tal plenitud de vida!..... Sonriente
 Me recliné en mi asiento,
 Y miré arriba con fiijeza un rato.....
 Cerré los ojos luego,
 Y sentí que en mi espíritu quedaba
 La imagen de aquel cielo.....
 ¿Dormí?..... No sé..... Pero sentí de pronto
 Trastornado el cerebro
 Por una extraña sensación..... Ignoro
 Si dormido ó despierto
 Me aparté del balcón..... Llegué hasta un ángulo
 Del oscuro aposento,
 Y me quedé allí inmóvil, frente á frente
 Del sofá..... ¿Qué era aquello?
 ¿Por qué aquel mueble me atraía? ¿Acaso
 Por ser testigo viejo
 De mis amores? Le miré..... Dos manchas

Obscuras y dos huecos:
 Las de nuestras cabezas medio locas
 Y los de nuestros cuerpos.....
 ¿Fué una alucinación? Yo vi que el mueble
 Adquirió movimiento,
 Vida, energía, y avanzando un paso,
 Vino hacia mí..... Confieso
 Que mi sangre se heló..... Los viejos muelles
 Poco después crujieron,
 Y oí una voz burlona que decía:
 —«¡Cuidado si eres necio!
 Antes que tú otro amante se ha sentado
 Sobre mi blando asiento;
 Y tu cabeza obscureció una mancha
 Que existía hace tiempo!»—
 Iba á alejarme de la estancia..... Entonces
 Apareció Consuelo.....
 —¡Me engañabas!—grité.—Tornóse pálida;
 Creyó que su secreto
 Estaba en claro y le faltó energía
 Para mentir..... Yo ciego
 La rechacé..... No quise ni escucharla,
 Y al salir de allí huyendo,
 Me pareció que el mueble con sarcasmo
 Me repetía:—¡Necio!

ANSORENA.

M A D R I D



LA PLAZA DE TOROS.

(De fototipia de los Sres. Hauser y Menet.)



GALERIA CÓMICA

LAS DESDICHAS DEL EMPRESARIO

I.

(Una señora «UN POCO MADURA», pero de buen trapío todavía, dialoga con el empresario en esta forma:)

—¡Le digo á usted que este es un país en el que no prosperan más que las nulidades!

—¿Eso cree usted, señora?

—Sí, señor; lo creo, y lo afirmo y lo vocifero. ¡Cada vez que recuerdo lo que está sucediendo con mi pobre hija! ¿Usted no la conoce?....

—No tengo esa dicha; pero, de seguro, será muy linda..... si se parece á su madre.....

—¡Que si es linda!..... ¡Es una perla, hombre! ¡Una verdadera perla! Pero, aparte de esto, reúne condiciones tan extraordinarias para el arte, que en muy pocos años podría ser una *estrella* de primera magnitud. Pues, ¡ahí la tiene usted!..... ¡quemándose las pestañas por coser calzoncillos á máquina! sin conseguir que llegue el día de romper el hielo, y presentarse en la escena de cualquiera de los teatros de esta corte. Y..... ¡no se diga que es por falta de estudios, ni de recomendaciones, ni de influencias de peso!..... porque ¡criatura más elogiada por maestros y amigos..... no nace! Apenas ingresó en el *Conservatorio*, empezó el profesor de piano á celebrar la delicadeza, la expresión, el sentimiento de la niña..... Pues, ¿el de *solfeo*?..... ¡no la dejaba á sol ni á sombra!..... ¿Y el maestro *Caballero*? á quien se la llevé..... ¡me dijo que

se la comería!..... Pues con todo esto, no he logrado verla ajustada, ni siquiera de *partichina* en el teatro de Recoletos.

—Tenga usted confianza, señora: en Madrid todo lo que vale se abre paso, más pronto, ó más tarde. ¡Ya vió usted á GAYARRE, que desde el coro de la zarzuela, supo colocarse á la cabeza de los primeros tenores del mundo!.....

—Sí, sí. ¡GAYARRE!..... ¡GAYARRE!..... ¡Que descanse muy en paz! ¡Buen sujeto! Más de cincuenta veces fui á su casa, á rogarle que emplease su influencia para que ajustasen á la niña en el Real, aunque no fuese más que de *contralto disoluta*, y, muy cortesmente..... eso sí..... y con mucha finura, me dijo que era de todo punto imposible; que no tenía *nombre artístico*, ni se la conocía en el mundo musical, etc., etc., etc. ¡Vaya una salida de tono! Pues si la niña hubiera sido ya *notabilidad*, ¿para qué necesitábamos de su padrinazgo?

—Pero, señora..... si realmente la niña no ha cantado hasta hoy más que en familia.....

—¡No lo crea usted!..... Medio Madrid la ha aplaudido á rabiar, en el Liceo Rius, en un beneficio que dieron para librar de la quinta á un cura.

—¿A un cura?

—¡A uno que quería seguir la carrera de la Iglesia!..... Pues entonces cantó como un querubín la romanza *T'o scritto varie volt!*..... y la jota de *los ratas* en *La Gran Via*..... y aun le puedo enseñar á usted un ejem-

plar del periódico *El Capullo*, revista de salones, en el que llaman á mi niña *diva*..... sí, señor, *diva*..... y la ponen al nivel de *la Pasta*.....

—Y de la *rustica*..... sí, señora, sí; pero es el caso que la niña no ha pisado aún la escena, ni en calidad de *figuranta*.....

—¡Ni permita Dios que en tal caso se vea!..... Pero..... ó poco puede su madre, ó ha de meter en Madrid más ruido que la *Patti*.

II.

(*El mismo empresario con otra madre.*)

—¡No creo que sea exageración! Veinte duros diarios y dos beneficios libres.



—¿Pero está usted loca?

—¿Cómo loca? ¡Caballero!

—Dispense usted, señora; yo no trato de amenguar en lo más mínimo el mérito de su hija, pero convendrá usted conmigo en que no es ninguna *Fuocco*, ni *Guy-Stephán*, ni *Taglioni*, ni *Montes*, ni *Pinchiara*.....

—¡Es claro, como que se llama Telesfora Gutiérrez!.....

—¡Pues por eso!

—¡Pues por eso tiene derecho á pedir lo que le dé la gana por su trabajo!.....

—¡Justo!..... Y yo el de no darle lo que pide.

—Pues entonces, ¿para qué pide usted proposiciones?

—Para saber si me conviene, ó no, aceptarlas.

—Usted querrá, como buen empresario, tener en su Compañía un grupo de muchachas, á cuál más linda y mejor formada, á cambio de un sueldo que no las alcance ni para lavar el calzón de armar.

—Señora, yo no quiero eso.

—Querrá usted que, después de tenerla ensayando toda la mañana y toda la tarde, venga al teatro, poco menos que en ayunas, escotada hasta la boca del estómago, y con la sonrisa *permanente*, como el servicio de la Funeraria.....

—¡Que no quiero nada de eso, señora!

—Pues, ¿qué es lo que usted quiere? sepamos.

—Lo que yo quiero, ante todo y sobre todo, es no tratar con usted, porque veo que vamos á concluir mal. Mándeme usted la chica, y yo me entenderé con ella.

—Eso quisiera usted, que viniese aquí la pobrecita, y luego dejármela..... plantada.

—Ea, señora, concluyamos: yo no puedo perder el tiempo y disgustarme..... Mis negocios me reclaman.....

—¡Ah!..... ¿Me despidе usted sin que resolvamos nada?

—Pero, ¿qué quiere usted que resolvamos, poniéndose en el terreno en que se ha puesto?..... ¡Si se diera usted á razones!.....

—¿Á razones?

—¡Es claro! Si su hija fuese una bailarina de *cartel*.

—¿Cómo de *cartel*? ¿Pues qué no ha estado en Milán?

—¡Toma! En Milán también he estado yo, y no sé alzar una pierna.

—Vaya, vaya, está visto; lo que usted quiere son bailarinas..... *de tres al cuarto*. ¡Quédese usted en paz! Si viviera mi Tadeo, que sirvió en los *Guías de Cabrera*..... á estas horas le había atravesado á usted de un lanzazo.....

—¡Vaya, señora, vaya usted al..... diablo!

(*La tal señora sale dando un portazo.*)

III.

Apenas solo, el empresario se ve acometido por el *avisador*, que, con semblante descompuesto y declarada agitación, le dice:

—¡D. Joaquín! ¡D. Joaquín! ¡Acuda usted pronto!..... ¡pronto!.....

—¿Qué ocurre?..... ¿Qué es ello?.....

—Acaba de moverse en el escenario una zalagarda terrible.....

—¡Bien! ¿Pero qué pasa?.....

—Yo lo diré—exclama apareciendo un hombre de formas atléticas y voz cavernosa.—Es el caso, Sr. D. Joaquín, que yo, como usted sabe, vengo figurando en la Compañía, en calidad de *comparsa*, hace más de seis años.....

—Es cierto, y con satisfacción de la Empresa.

—Pues bien: cada día se me humilla más y se desconocen mis derechos. En la obra que ahora ensayamos hay, como usted sabe, una *cuadrilla*, en la que cada *comparsa* viste un traje que representa una *ficha de dominó*; pues bien: á López, que hace un mes que entró en la Compañía, le han dado el traje con la *ficha del cinco-tres*, y á mí, cargado de méritos, la del *cuatro-as*. ¡Esto es inicuo!.....

—¡Verdad! Pero tranquilícese usted. Su reclamación es justa, seria y trascendental, y ahora mismo voy á remediársela. ¡A ver! ¡*Avisador*! ¡Dé usted orden para que entreguen al señor el traje del *seis doble*!



—¡Oh, gracias! ¡Gracias, D. Joaquín! No esperaba yo menos de su rectitud.

No acabaría nunca si fuese describiendo las infinitas, é infinitamente distintas desdichas, que abrumán á cualquier empresario.

EDUARDO SACO.



**IMPORTANTE
A NUESTROS LECTORES**

En nuestro propósito de corresponder dignamente al apoyo que el público nos presta, hemos resuelto ofrecerle una verdadera novedad artística en publicaciones de esta clase, en España. Tal es la estampación de láminas en colores, y en el número próximo de LA GRAN VÍA publicaremos dos hermosos retratos en colores, dibujo de Perea, el uno de la bella y distinguida actriz del Teatro de la Comedia señorita Doña María Guerrero, y el otro de la nueva prima donna del Teatro Real señora Darclée. Esta novedad impone grandes gastos a la empresa de esta Revista, porque no se trata de una iluminación vulgar, sino de una delicadísima obra artística y tipográfica. En el mismo número publicaremos un preciosísimo dibujo de D. Marcelino Unceta; otros, primorosos, de D. Cecilio Plá, D. Enrique Estevan y D. Fernando Alberti, y el texto será de notables escritores. En suma, el número 16 de LA GRAN VÍA será una muestra de lo que, con la ayuda del público, nos proponemos hacer para corresponder a su favor.

A pesar del aumento considerable de gasto, el número costará, como todos, **20 céntimos.**

CHARADA GRAMATICAL

Pronombre *primera*,
Pronombre *segunda*,
Y también pronombre
Si van las dos juntas.

CUADRADO CHARADÍSTICO

* * * * * *Primeras*, olor suave;
* * * * * *Segundas*, para el botón;
* * * * * *Las cuartas*, partes del ave;
* * * * * *Las tercias*, habitación.

PROBLEMA ARITMÉTICO

Un caballero fué á la feria y compró para sus hijos una muñeca, una pulsera y un reloj. la muñeca con la pulsera valían 108 pesetas, la muñeca con el reloj 121, y la pulsera con el reloj 137. ¿Cuánto costó cada objeto?

LIBROS RECIBIDOS

Elementos de Historia Natural, por F. Salazar y Quintana. Acaba de publicarse esta importante obra, á la que precede un prólogo escrito por el distinguido doctor Carracido. Obra bien pensada, clara, sobria á la vez que completísima, llena todas las condiciones necesarias en un libro para la enseñanza. El autor puede estar satisfecho, porque pocas obras de su género aventajan á la que ha escrito. Forma un tomo de 600 páginas, con numerosos grabados, y la vende á pesetas 10,50 su editor D. Juan Muñoz Sánchez.

POLIGRAFÍA

AAAAAIOOOBCCDDGRRZZZ

Combinar las letras que preceden, formando los nombres de tres provincias.

Precocidad infantil:

—Dime, papá, ¿por qué eres tú el amo y Francisco el criado?....

PROSODIA FRANCESA

Chaviró: chamipataró: robrulapatachá: chaquitaró.

(Escríbase la frase como es debido y tradúzcase.)

FUGA DE CONSONANTES

A. a.o. e..o. .ua..o.
.i..a. .o.i.o,
.o. .a. .ie..a. .o.u..a.
.a..e. .a.i.o.,
.i.a. .a. .i.a.
.ue a. a.o. .e .a.e.e.
E. .o .o.i.a.

Papá pretende dominar una reyerta infantil.
—Aquí no hay más voluntad que la mía, y el que se rebelde llevará una docena de azotes.
—Si nosotros no hacemos nada: la acusona criada falta á la verdad.
—¿Qué educación es esa? Decir á una persona mayor que falta á la verdad....
—Pero, papá, si usted lo decía ayer en el Congreso á otro diputado....
—Bueno; pues eso sólo puede decirse en el Congreso. ¡Que no vuelva yo á oírlo aquí!

SOLUCIONES

A LOS PASATIEMPOS DEL N.º 14.

AL SALTO DE CABALLO: El autor de este salto saluda á las bellas lectoras de esta revista.

A LA CHARADA EN CIFRA: A-ven-tu-ra-do.

AL PROBLEMA:

Aceituno	Apartados	Desastres
Tribuno	Parpados	Arrastres
Perruno	Soldados	Scchantres
Ninguno	Casados	Impetres
Alguno	Uncidos	Sastres
Gatuno	Ungidos	Chantres
Bruno	Untados	Buitres
Ayuno	Pardos	Postres
Tuno	Dedos	Catres
Juno	Idos	Entres

A LOS CUADRADOS:

R O M A	C A S A
O T O N	A S A Z
M O N A	S A F O
A N A S	A Z O F

AL ANAGRAMA: Cada oveja con su pareja

A LA CHARADA EN PROSA: Ver-bo.

AL ROMBO:

	M	
	L O S	
M O N O S		S
	S O N	
	S	

AL ACERTIJO:

Z A M O R A
L U G O
C O R D O B A
C A C E R E S
S E V I L L A
S A L A M A N C A

A LA CHARADA EN VERSO: Li-ma-du-ra.

AL CUADRADO DE PUNTOS:

P I L A
I M A N
L A N A
A N A S

Han remitido soluciones los lectores siguientes:

Justo González, de Madrid; Demetrio Argüelles Molina, de id.; Jerónimo Roselló y Torres, de id.; *El Acertador*, de id.; Luis Grajal y Ruipérez, de id.; Juan Cancio Barrantes, de Avila; Jerónimo Sol y Arús, de Barcelona; Luis Poblet y Sans, de id.; Jorge Buitrago, de Cádiz; Eloy Zaraneta, de Sevilla; César Corpas, Fernando Cuervo, Julio Ritter, Cándido Pardo, Quintín A. Gómez, Joaquín Martínez Cano, A. Pérez, Celestino Olivar, Manuel Martínez Cano, Manuel Sanz, Francisco Orejas, Angel Novetfarque, Carmelo Sánchez, Rafael Muñoz Barona, Francisco López y Ordoñez, C. Gumá, Lucas Dupuy.

Las soluciones de los pasatiempos de este número se publicarán en el siguiente.